

Imprimir

Colombia atraviesa un momento político que no puede interpretarse solo desde la coyuntura; exige una lectura más profunda, casi arqueológica. Lo que hoy vemos —la furia de la derecha, el pánico del uribismo, la súbita unión de todas las élites tradicionales contra el gobierno actual— no responde a un debate democrático sino a una disputa metafísica: el choque entre un país que empieza a despertar y una élite que se resiste a perder sus narraciones fundacionales. Durante dos décadas, el uribismo gobernó Colombia desde una arquitectura emocional basada en el miedo. No administró solo el Estado: administró las percepciones, las angustias y las sombras de la ciudadanía. Fue un régimen que confundió seguridad con intimidación, orden con obediencia y democracia con unanimidad forzada. Y mientras este modelo se imponía como verdad oficial, el país se hundía en corrupción estructural, violencia endémica y un narcotráfico que dejó de ser enemigo y pasó a operar como columna vertebral del poder.

Hoy, cuando esa hegemonía se resquebraja, asistimos a un fenómeno revelador: los antiguos dueños del relato reaccionan con desesperación. Afirman que el país está en ruinas, que el caos se ha desatado, que el gobierno actual es un riesgo existencial. Pero el análisis filosófico revela otra cosa: quien pierde el control de la mentira suele denunciar el colapso del mundo. La crisis que describen no está en el país; está en su pérdida de influencia.

La casta política que durante siglos administró Colombia como una finca privada —distribuyendo cargos, contratos, jueces y favores entre los mismos apellidos— ahora teme que su maquinaria sea expuesta. Teme que la ciudadanía comprenda que la corrupción nunca fue accidente, sino engranaje; que la pobreza nunca fue fatalidad, sino método; que la violencia nunca fue consecuencia, sino herramienta. Ese temor explica su súbita unidad: no se unen por la patria, se unen por ellos mismos. Lo que irrita a la derecha no es la figura de Petro; es el desmonte gradual —a veces torpe, a veces insuficiente, pero real— de la arquitectura simbólica que les permitió gobernar sin escrutinio. Es el fin del monopolio narrativo. Es que el país, por primera vez, empieza a pensar políticamente sin pedir permiso. Y eso, para quienes siempre se sintieron autoridad natural, es una herejía.

Desde la filosofía política es evidente: estamos viviendo una ruptura. No un apocalipsis, como

insiste la oposición, sino la incomodidad propia de desmontar un orden injusto. Gramsci describió este momento como el instante en que “lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”. La agonía que vemos no es de la nación, sino de los grupos que la secuestraron.

La derecha insiste en que viene a “rescatar” al país. Pero ¿de qué? ¿Del daño que ellos mismos causaron? ¿De la corrupción que ellos normalizaron? ¿De la violencia que administraron como política pública? ¿De la pobreza que perpetuaron para sostener clientelas? Es una inversión absurda del argumento: el victimario presentándose como salvador.

El progresismo, con todas sus imperfecciones, ha roto ese espejo adulterado. Ha obligado al país a mirarse sin adornos, sin narradores oficiales, sin máscaras. Y esa desnudez produce rechazo en quienes vivieron décadas detrás de su propio mito. Pero la democracia madura no con alabanzas sino con confrontación crítica. Colombia enfrenta ahora una decisión crucial: aceptar el retorno eterno de los mismos —ese país detenido, repetido, envejecido en su corrupción— o asumir el riesgo de transformarse. No se trata de Petro o de un partido. Se trata de elegir entre la mentira confortable y la verdad incómoda.

Y ningún país que aspire a la adultez puede darse el lujo de seguir viviendo en la mentira.

Jorge Eduardo Oyuela A

Foto tomada de: El País